

BIOGRAFÍA CORDOBESA (1)

El primer personaje que interesa al biógrafo es el fundador de la ciudad de Córdoba, que, si bien no había nacido en el territorio en que llevó a cabo su fundación, merece, sin embargo, ser recordado en estos *Apuntes* para una biografía general cordobesa.

Don Jerónimo Luis de Cabrera, sevillano, de noble estirpe, transmitió a sus hijos todo el vigor y la energía que le dió renombre a su nieto don Jerónimo, natural de Córdoba, en las luchas sangrientas contra las formidables tribus Calchaquíes, valerosas e indómitas en los primeros tiempos, tímidas y sojuz-

(1) Con motivo del Censo de 1889, levantado en la Provincia de Córdoba, se encomendó la parte histórica al señor Mariano A. Pelliza, la biográfica y bibliográfica al señor Benigno T. Martínez, la geográfica al doctor Arturo Schelstrong y la climatológica al doctor Oscar Doering. Estos trabajos constituyen el tomo I de 464 páginas en 4.º, publicado por Stiller y Laas. Buenos Aires, 1890.

Lo más original del caso es que de dicha obra sólo se conserva un ejemplar completo en la Universidad de Córdoba, otro en poder del Director del Censo doctor Latzina y quizá alguno más en poder de otras personas, por haber retirado la edición el impresor Stiller, por falta de pago, según se dijo entonces.

Rehaciendo lo que ha escrito el señor Martínez en la *Introducción*, nos ha remitido de Paraná, su residencia actual, el presente capítulo.

La Dirección.

gadas al solo anuncio de que el invencible Cabrera ponía en movimiento sus aguerridos soldados.

El conquistador cordobés, con sus comprovincianos los de Tejada, fueron las figuras más descollantes en las armas durante el período colonial. Bastaría recordar que el primero fué el vencedor del célebre Juan Calchaquí, cuyo arrojo lo llevó hasta las puertas de la primera población de Córdoba, que a no haberla defendido aquel valeroso conquistador, el incendio la habría exterminado y de sus muros no quedaría piedra sobre piedra.

El elemento civilizador dominó al fin, cumpliéndose una vez más la histórica ley de que las razas superiores dominan y perfeccionan las inferiores, o las aniquilan por completo, cuando no ceden a sus feroces instintos.

De los belicosos charrúas ya no queda en el Plata más que el recuerdo de Tabaré, inmortalizado por el poeta; el de Caramurú en la leyenda de Magariños Cervantes y Zapicán, Liropeya y Abayuba, en el drama de Bermúdez. De los guaraníes quedó el nombre de Yamandú en el poema de Centenera; Tamandí fué el último de la estirpe, y de los Timbúes, el nombre de Mangoré quedó ligado a la tragedia de Lucía Miranda, que inmortalizó también nuestro bardo legendario Labardén, la señorita Funes y la espiritual escritora Mansilla de García.

En Córdoba, el poeta colonial fué don Luis de Tejada, y el bardo patrio don José Rivera Indarte; ninguno, que sepamos, cantó las proezas del célebre cacique Calchaquí, a quien seguían las tribus comarcanas al valle que le dió nombre. Las altas virtudes y talento extraordinario del cordobés Tejada, nos obligó a insertar el artículo que lleva por epígrafe: *Los de Tejada*.

De esta familia, en que se cuentan valerosos conquistadores como don Tristán, acaudalados propietarios como don Juan y virtuosas mujeres como doña Leonor, puede decirse que en su tiempo fué modelo de abnegación y patriotismo.

A medida que los hombres de armas sometían las guerreras tribus del suelo cordobés, la falanje misionera, que descendía del

Perú, predicaba el Evangelio, viendo colmados sus deseos poco después con el poderoso concurso que les prestaron las más acaudaladas familias de la ciudad de Cabrera.

La piedad de los cordobeses don Juan y don Luis de Tejada; las santas virtudes de doña Leonor, viuda de Fonseca, y de doña Jacinta Sobradíel, contribuyeron a la fundación de institutos religiosos que no podemos juzgar nosotros, con el criterio del presente, pero que nos hacen recordar los nombres de otras damas cordobesas no menos virtuosas y patrióticas que pasaron a la historia tradicional de la República. A la señora Melgarejo y Dávila de Moreno, digna sucesora de María Antonia de Paz y Figueroa, fundadora de la casa de ejercicios en Buenos Aires; a la virtuosa y esclarecida señora Josefa Bustos de Funes, que mereció un elogio fúnebre del sabio jesuíta don Gaspar Juárez Babiano; a doña Justa Pastora del Castillo, cuyos talentos fueron celebrados en su tiempo; a doña María Tiburcia de Haedo, que ofreció a Ocampo, a su paso para el Perú, sus joyas y sus hijos Julián y José María Paz, para que a su lado combatieran por la patria; a doña Sofía González, que toma la palabra en la sala de Representantes, al festejarse la caída del Tirano; y por fin, a doña Margarita Arias, madre del capitán don Rafael Correa, que al escuchar de labios del general Paz el desgraciado fin de su hijo en la batalla de la Tablada, exclamó, con el acento de aquellas matronas espartanas que pasaron a la historia: ¡Viva la patria! ¡Mi hijo ha muerto por salvar la patria!

Otras ilustres damas, siguiendo el ejemplo de Leonor de Tejada, se dedicaron a la enseñanza en sus monásticos encierros, como las señoras Saturnina Rodríguez de Zavalía, Felisa Beltrán de Peiteado, las hermanas Rodríguez, las de Arias, Cavnillas y tantas otras que no llegando al fanatismo de la beata Angela Carranza, célebre cordobesa que dió lugar al no menos célebre Auto de fe celebrado en Lima en el siglo XVII, merecen ser respetadas en sus virtudes, que muchas se necesitan para

poder vivir en nuestros días, fuera del medio ambiente que a todos nos domina.

Otras fundaciones, como la Catedral, la Universidad y demás establecimientos públicos, no nacieron de la iniciativa particular de los cordobeses, fuera del Colegio de Monserrat, y por esa razón sólo se dan someras noticias del obispo Trejo de Sanabria, paraguayo, fundador de la Universidad, que inauguró el Provincial Torres, y del doctor Ignacio Duarte Quirós, que creó y rentó con sus bienes el Colegio de Monserrat. En cuanto al obispo fray Nicolás Hurtado de Ulloa, sólo decimos que con el ilustre alcalde don Esteban de Urizar, inició la construcción de la Catedral en 1710, a los cuarenta y un años de haber trasladado de Santiago del Estero fray Manuel de Mercadilla el solio episcopal, conjuntamente con el gobierno de Tucumán. No es menos digna de recuerdo en este lugar la caridad del deán don Diego de Salguero y Cabrera, fundador en 1766 del hospital de Bethlemitas, con 50.000 pesos que produjeron sus bienes. El clero ha tenido desde entonces gran influencia en los destinos de Córdoba, llegando los hijos de esta ciudad fray Pedro Luis de Cabrera (1643), fray José de la Cámara (1720), fray Antonio Mercadilla (1753) y fray Lucas de Dícido y Zamudio (1759) al alto puesto de provinciales del Tucumán y Paraguay, celebrándose bajo el gobierno del obispo don Pedro de Argandoña dos concilios sinodales en la ciudad de Cabrera. Otro clérigo cordobés no menos distinguido, el doctor Nicolás Videla del Pino, ocupó la silla episcopal del Paraguay, en los comienzos de nuestro siglo.

La Universidad, que es la más antigua, fuera de las de Méjico y Lima, conquistó tanto renombre en esta parte de América, como la célebre salmantina de la metrópoli, frecuentando sus aulas muchos cordobeses sobresalientes por su inteligencia y altas virtudes. No puede juzgarse tampoco del pasado de esta institución con el criterio del presente, sin caer en la vulgaridad de llamar ignorantes a los jesuitas que gozaron de merecida fama

de sabios en todo el mundo y que han formado, al par de los Franciscanos, a los esclarecidos padres Iturri, Maciel, Gorriti, Juárez, Cabrera, Funes, Gómez, Bedoya, del Corro, Agüero, Molina, Castro Barros, Caballero, Camacho, Salas, Morales y otros que figuran en estos Apuntes.

Pero no produjo solamente frailes la Universidad de Córdoba. Ha seguido paso a paso en la senda del progreso, pagando el tributo debido a cada época histórica: así es que desde 1767 que se apoderaron de la enseñanza los Franciscanos, les ordenó el conde de Aranda que se diese una enseñanza en armonía con los adelantos de entonces, pidiendo a los profesores de filosofía que no se ciñeran a un sistema determinado, que en la enseñanza de la física se apartaran de Aristóteles y siguieran doctrinas como las de Gassendi y Newton u otro que creyesen mejor para explicar los fenómenos de la naturaleza; y que tuvieran por guía la luz de la experiencia en las observaciones y experimentos a que los académicos modernos se dedicaban con reconocida utilidad.

Bajo tales auspicios se inauguró la segunda época de la Universidad cordobesa y de sus aulas surgieron los primeros cantores de nuestras glorias patrias, Varela y Lafinur, dejando ya de ser el inmortal Labardén, el cóndor solitario de nuestro naciente Parnaso. El foro pudo agregar a los nombres de López, Belgrano y Moreno, los de Castro y Dalmacio Vélez, y poco después los de Portillo, Somellera, Saráchaga, Gallardo, Ocampo, Del Carril, Derqui, Rodríguez, Campillo, Olmos, Ferreyra, Carreras, Barros Paso, Lucero, Posse y Vélez Sársfield, y por último, Narvaja, Pizarro, Avellaneda y Laspiur, por no continuar con los de la tercera época universitaria hasta nuestros días.

Los Bustos, Isasa, Del Signo y otros figuraron en Córdoba en los últimos años de la época colonial, y en 1811 formaban la Junta de Patriotas don Norberto Allende, don Lucio Juan de Cabrera y don Narciso Moyano. Cerramos la época colonial, dedicando un recuerdo al primer gobernador intendente de Cór-

do, don Rafael de Sobremonte, a quien debe la ciudad de Córdoba algunas mejoras locales y la fundación de una que otra villa; así como al tratar de la tragedia política de la Cruz Alta, mencionamos al último gobernador intendente, Gutiérrez de la Concha, para dar noticias de sus hijos, nacidos en Córdoba, y ambos generales del ejército en España: militar y escritor el uno y marqués de la Habana el otro. Síguele después la biografía de los patriotas cordobeses don José Ambrosio Carranza y don Mariano Benítez.

El doctor don José Manuel Allende, abogado y escritor; el coronel realista don Santiago; el alcalde de primer voto en 1810 don Dalmacio, y el licenciado y coronel de los patriotas don Tomás, inician en nuestros Apuntes la época colonial.

El cordobés Carrera, cuya biografía hallará el lector después del capítulo titulado *Los de Allende*, formó el cuerpo de auxiliares a Chile, en cuya expedición (1813) le acompañaron los capitanes don José Antonio Alvarez y don José Argüello; el teniente don Ramón Dehesa, el subteniente don Ramón Alday y el capellán don Juan Bautista Marín.

De los patriotas cordobeses que quedaron sobre el campo de batalla desde 1810 hasta 1814, se cuentan siete en Suipacha (7 de noviembre de 1810); seis en el Desaguadero (20 de junio de 1810), entre ellos el capitán don Bernardo Vélez; seis en Salta (20 de febrero de 1813); tres en Vilcapugio (1.º de octubre de 1813), entre ellos el sargento mayor don José Laureano Villegas, y uno en Ayohuma (14 de noviembre de 1813): el teniente don José Tomás Cabrera.

Ya que hicimos mención de Ayohuma, debemos recordar aquí el siguiente hecho, más ampliamente relatado por el autor de la *Historia de Belgrano*.

En la retirada, el ayudante mayor de dragones don Ramón Estomba, fué herido en la defensa del arroyo, de un balazo en el muslo, y un soldado cordobés, Gaona, y otro misionero, antes que entregar a su jefe, prefirieron sacrificarse con él y no

dejarlo abandonado en poder del enemigo Allí también el entonces capitán don José María Paz, al saber que su hermano Julián había perdido el caballo en la retirada del arroyo, volviéndose frente del peligro y encima del enemigo, consiguió salvar a su hermano, por todos abandonado.

Estos actos de abnegación hemos querido consignarlos en memoria del oscuro soldado Gaona, que, con los sargentos de Tambo Nuevo, Santiago Albarracín y Juan Bautista Zalazar, legaron a la historia de Córdoba esa gloriosa página de acrisolado patriotismo y valor heroico, ya que no podemos dedicarles como al general Paz, un recuerdo biográfico.

A don Ramón Antonio Dehesa, que fué general de tres Repúblicas, también se le menciona en nuestros Apuntes.

En el número de los patriotas se destaca la figura del coronel don José Javier Díaz, cuyos servicios a la revolución y su gobierno en Córdoba, los relatamos en la biografía correspondiente, sin dejar de hacer una reminiscencia histórica acerca del pueblo cordobés en su época. Dedicamos otro recuerdo al hábil y sagaz político don Valentín Cardoso, al coronel de los tercios cordobeses don Manuel Rivera, progenitor del poeta Rivera Indarte y a don Ambrosio Funes, por su patriótica actitud en los sucesos que se desarrollaron en Córdoba durante su gobierno; su hermano, el deán, le sigue en el orden de las biografías; el historiador cordobés tiene ya su biógrafo, y nosotros nada nuevo podríamos decir a no estudiar esa personalidad descollante bajo una faz distinta que el señor Lozano; pero, la premura del tiempo que se nos ha fijado para la confección de estos Apuntes (cuatro meses) no nos permite extendernos, y además, nuestro trabajo es un complemento a la historia de Córdoba, encomendada a otro redactor.

Don José Antonio Cabrera también figura en estos Apuntes, y sucesivamente don José Antonio Miralla, poeta y periodista notable, y el doctor del Corro, escritor místico y político sagaz.

Los *Bulnes*, signatario del Acta de la Independencia el uno,

astuto y arrojado revolucionario el otro, forman un capítulo con aquel epígrafe. Como enlace de los hechos históricos entre los Bulnes y los Bustos, se intercalan algunas noticias acerca del gobernador doctor Manuel Antonio Castro, aun cuando no era cordobés, así como las que se refieren al doctor Pedro Ignacio de Castro Barros, uno de los primeros escritores de la prensa de Córdoba desde 1823.

Después del capítulo *Los Bustos*, se da noticia de *los Agüero*, estadista y escritor el uno, hombre público y educacionista el otro. Siguen a éstos el biógrafo del deán Funes don Mariano Lozano; don Juan Piñeiro, político, escritor y educacionista; el inmortal Rivera Indarte, poeta y escritor público; el patriota y educacionista don Justo Vidal y el general don José M. Paz, con cuya biografía se cierra la brillante pléyade de hombres de acción y de pensamiento que forman el primer período de la época nacional (1810-1853).

El segundo período se inicia con la biografía del doctor Lucero, que ha producido en Córdoba una verdadera revolución en materia de estudios universitarios: él fué quien regularizó la Universidad de San Carlos, arrancándola del poder demagógico que la empequeñecía, privándola de toda luz, deteniendo su marcha progresiva en la evolución científica operada en los tiempos modernos. Sigue la biografía del doctor Francisco J. Figueroa, una de las más puras personalidades del partido liberal que contó en sus filas a los Juárez, Tagle, del Viso, Figueroa Alcorta, Cárcano, Varela Ortiz y tantos otros. Siguiendo la serie de gobernadores resalta en el cuadro contemporáneo el doctor Justiniano Posse, enemigo del caudillaje y víctima ilustre de sus maquinaciones políticas; vino luego del Viso, bajo cuyo gobierno se inició la campaña de los liberales contra el clericalismo, de cuya lucha fué jefe inmediato su ministro de gobierno, el doctor don Miguel Juárez Celman, ex presidente de la República y cuya biografía sigue a la del doctor del Viso.

Don Gregorio I. Gavier y don Ambrosio Olmos continúan en Córdoba la serie de reformas iniciadas por el gobierno del doctor Juárez, y el doctor Ramón J. Cárcano, como ministro de gobierno del último, ha impulsado aquellas reformas. A la biografía de estos ciudadanos sigue la del gobernador don Marcos N. Juárez y sus ministros, los doctores Figueroa Alcorta y Palacios.

Hubiéramos deseado hacer figurar al lado del doctor Luce-ro, al doctor Baigorri, y como profesor y rector modelo, al doctor José Severo de Olmos, uno de los más notables romanistas de su época. Al ocuparnos del gobierno de Guzmán, hubiera merecido una biografía el doctor Luis Cáceres, hombre de gran talento, catedrático de Derecho natural en la Universidad, ministro de gobierno con Guzmán y que fué en el de Peña su consejero obligado. Consignaremos aquí una especial manía del doctor Cáceres, que hemos oído relatar en Córdoba: reunía cuantos documentos creía de interés histórico y muchos de los archivos públicos los llevaba a su casa para hacerlos copiar y enviárselos al general Mitre, quien, según él, era el único hombre capaz de escribir la Historia de la República. Anciano ya, falleció demente en Buenos Aires. Un hermano del doctor Cáceres (don Santiago) no era menos digno de figurar en estos Apuntes; catedrático distinguidísimo de física y matemáticas en la Universidad de San Carlos, cuyos estudios hizo en Alemania, se graduó de doctor en jurisprudencia a una edad proveya, y figuró después en el Congreso como notable economista; falleció en 1887, siendo catedrático de Derecho romano y ejerciendo la abogacía.

No figura tampoco el doctor Achával Rodríguez, una de las brillantes inteligencias contemporáneas, cuyos discursos en la Capital le dieron nombre y reputación envidiable: por sus ideas autonomistas ha merecido el alto honor de ser presidente de la Cámara de Diputados nacionales, dos veces. Sobrino del obispo de Cuyo, fray José Wenceslao Achával, viajó con él por Europa

y Asia. Fué ministro argentino en el Paraguay (1886), diputado en 1887 y consejero privado del doctor Avellaneda durante su gobierno; falleció en 1887. El doctor Mariano Echenique, sobrino de Vélez Sársfield, escritor cáustico que reveló gran talento desde muy joven; fundó siendo estudiante "El Eco libre de la Juventud", con M. Pizarro, Luis Vélez y otros que hubiéramos deseado figuraran en estos Apuntes. El doctor Echenique fué ministro bajo el gobierno de don Roque Ferreyra y figuró en Pavón como sostenedor de la causa de Buenos Aires. Se estableció como abogado en el Rosario y falleció por último en Córdoba, su ciudad natal, a los 26 años de edad (1868).

El coronel don Agustín Olmedo, nacido en la Sierra, fué un militar arrojado y valiente; mandó en el Paraguay el batallón de Córdoba, hallándose en casi todos los combates. Desde joven y siendo estudiante en el Seminario de Córdoba, mostró inclinaciones propias para la milicia, así es que abandonó sus estudios y se marchó a la Sierra a combatir las montoneras de Córdoba y de la Rioja; fué tal su comportamiento, que bajo la administración Ferreyra, mereció ser nombrado comandante del batallón "Córdoba Libre", y mucho después jefe de la frontera de Santiago del Estero; de aquí se retiró a Córdoba en 1880, falleciendo a fines de este año o a principios del 81.

No nos fué posible ocuparnos en estos Apuntes, por no poder disponer de más de cuatro meses, de los hermanos Reinafé, coronel José Julián Martínez y otros gobernadores, por no vernos obligados a copiar lo que hallarán los lectores en la obra de Zinny, así como respecto a otros hombres de gobierno.

Y por último, hubiéramos agregado las biografías del doctor Eugenio del Portillo, del ingeniero don Manuel López, de los doctores José Dámaso Figueroa, Learte y Narvaja; de los señores Natanael Morcillo y Eusebio Ocampo y tantos otros, así del pasado como de la juventud liberal de nuestros días, a no oponerse a nuestro natural deseo el plazo señalado por la Comisión del Censo.

— 383 —

Sin embargo, incompleto como es nuestro trabajo y a pesar de lo poco original que puedan encontrarle los eruditos, lo reputamos, sin modestia, una base importante para una obra completa sobre biografía y bibliografía cordobesa.

BENIGNO T. MARTINEZ.

Córdoba, febrero de 1889.
